

LOS HILOS DE LA TANGENTE

Por: Erwin Peláez Castellanos

CAPÍTULO I

Esperé con ansias que pasara la tarde, pero valía la pena esconderse de todo el mundo de la casa y encender el televisor impregnado de imágenes esculturales bailando de forma tan cadenciosa que podían sacar de su celibato al más ilustre de los abstinentes. Aquellas esculturas femeninas, enormes cuerpos esculturales, morenas oscuras, y oscuras claras con la chispa de la lujuria hacían que mis hormonas saltaran como gotas de agua al chocar en un sartén caliente con aceite.

Como es de esperar en mí, esa noche el prepucio de mi masculinidad, se retorció en la insistencia de mis mano urgidas, ¡qué ansiedad adolescente!, el caso estipulado estaba en lo mejor del masaje y apuntar de que las musas cayeran rendidas ante el charco de la vida, el estro de mi masculinidad reducida al recuerdo de aquellas imágenes, cuando por la ventana vi el reflejo como canchinflines iluminados por el fuego, un tableteo de la metralleta sonar en un confrontación armado; las manos tuve que quitarlas del lugar para cubrirme la cabeza y tirarme en el suelo bajo la cama, aquello era un poco normal por esa época, lo alarmante es que los soldados fueran a meterse a mi casa para buscarme, pero no por ser un rival de cuidado, sino por la edad que me aquejaba y que mis fuerzas ya podrían soportar el peso de un fusil.

El traqueteo siguió durante toda la noche, mis párpados puspos y mis manos temblorosas al día siguiente por el desvelo se hacía notar, por la conversación que tuvimos con un amigo vecino que después supe era un informante de ambos grupos.

-Eusebio si tan sólo así hubieras temblando de cerca esas manos en mi entrepierna,

como me hubieras servido anoche mano!

-Cerca pero de las nalgas de tu madre talvez las hubiera tenido.

-Ya tranquilo era una broma hombre.

-La mía también era una broma hombre.

-Esos cabrones me asustaron anoche tuve que dormir entre las piernas de mi hermana vos y en el suelo.

-Qué suertudo, yo hubiera querido estar ahí, pero a mí me tocó debajo de mi cama vos y lo peor es que ahí estaba la bacinica de mi viejo...apestaba esa babosada..

Las calles estaban teñidas de papeles subversivos con información prohibida para la población, y algunas municiones regadas de AK 47 y de Galil, aunque muchos encontraron municiones para M-16.

Pero la plática continuó su rumbo.

-Y vos Eusebio ya ni viste a las mamacitas del carnaval de Río?

-Yo si vos, las vi mano, pero que excelente que suavcito, acordándome estaba de ellas vos cuando empezó esa balacera cerota mano.

-Ah puta, yo en las mismas estaba, vos pero dice el cuate que vive en la esquina que apareció una lista con nuestros nombres ahí apuntados, que vamos a hacer los próximos que se van a llevar.

-Ja mi huevo lo mejor es que nos quedemos sin ropa, y ojalá repitan el carnaval de Río maestro porque hoy si no se me escapa una negrita de esas.

-Ah pero en tus sueños..

-Ah y ni modo qué donde?

Metidos entre la maleza veíamos como los camiones llenos de soldados cargaban a los

muchachos de nuestra edad para llevárselos con rumbo desconocido, hubiera querido en ese momento dispararles piedras con mi onda, así como le pegaba a las frutas de los árboles para bajarlas o con mi puntería certera atinaba algún pajarillo varado en algún árbol o alambre, destreza que admiraba mi amigo. Recostados pensábamos en las muchachas del vecindario, comparándolas con las revistas que aquél siempre cargaba y que terminábamos haciendo uso de ellos, masturbándonos como en un revolcón de cabritos salvajes, tras las risotadas que nos provocaba la eyaculación.

A los pocos días conocí una mujer no necesariamente bonita, pero si muy atractiva en el aspecto sensual especialmente para un jovencito adolescente, precoz y calenturiento, con la ley de poder dictaminar quien era buena para pensar en las penas de las horas nocturnas y calentamiento hormonal.

Ella sin embargo muy amable conmigo y con mi amigo, ambos conducíamos un par de buenas bicicletas armadas con sobrantes de otras en mal estado del taller de don Nico, quien nos tenía más comprados y comprometidos con el hecho de proporcionarnos esos armatostes viejos ambulantes, que sólo por la inercia del peso nuestro y las llantas sólo porque son redondas era suficiente para que pudiéramos deambular entre peñascos y callejuelas de la colonia.

La susodicha dama usaba faldas muy cortas, muy benevolente para quienes queríamos experimentar en el que hacer masturbatorio y eficaz imaginativo. En una ocasión la seguimos al salir de su casa, que muy a tiempo estábamos pendientes de ella, un soldado raso que de ocasión estaba de descanso y que era su novio, se encontraron en una vereda que conducía a la siguiente cuadra oscura por la falta del servicio eléctrico,

ya que aunque residencial la colonia muy atrasada en servicios, acorde por supuesto al

gobierno que nos andábamos estrenando.

La muchacha cruzó el atajo con su novio pelado, de la testa, se recostaron en un árbol robusto y aquellas sombras adheridas que se movían como gusanos fue suficiente espectáculo para que nosotros pudiéramos con mi dichoso amigo, de tener imágenes gratuitas de escenografía amatoria, un kamasutra original ya que tenían que cuidar el porte para quienes pasaban por ahí.

Siempre veíamos al rapado de soslayo, sospechábamos que él era un vigía, un oreja de la cúspide paranoia militar que se cuidaba mucho de la subversión ciudadana, aunque así fueran vecinos que estábamos entorpecidos con la propaganda gubernamental y los programas de comedia para adultos que transmitían por la noche en los canales nacionales.

Antonio se llamaba mi peculiar amigo, al que con sólo tronar mis dedos estaba a mi servicio decidido a reventarse el labio sureño por mí, y mis causas, que a la larga significaban la razón de ser de su existencia.

La guerra estaba en su mejor apogeo, y nosotros ignorábamos realmente sus causas, los dos satánicos poderes ocultos que reinan y gobiernan la tierra humanizada. Ese día, el crepúsculo tardó en salir no sería él testigo, de la incursión de tanquetas camuflageada que ingresaban por las estrechas calles de la colonia aburguesada, líneas de cuadrillas militares se discurrían como ríos en todos los rincones de las calles, la causa el soldadito raso había transmitido la noticia desde un cuarto que alquilaba como pensionista en una casa de familia de bien, tenía un aparato morse donde transmitió en clave que la colonia era refugio de guerrilleros comunistas.

Esa tarde con mi amigo Anthony al ver los primeros soldadillos de plomo que se

acercaban en incursión de ataque y defensa por nuestras laderas, dejamos la vigía de las

señoritas de la escuela para niñas numero 345 que todas las tardes esperábamos, para en un descuido pasar pellizcándoles la nalga, en algún momento pensamos que alguien nos había delatado y habían mandado a todo un ejército a atraparnos por pícaros promiscuos. Huímos del lugar hacia la carretera principal de donde venía bajando otro tipo de ejército pero éste era harapiento, mal vestido dispar en el color, con boinas en desarreglo y con pañuelos rojos en el cuello, las armas eran disperejas también, parece que tomaban lo que podían. Pero las agallas con que se enfrentaron esos dos grupo, fueron de enemigos sangrientos y poderosos, pero no lográbamos entender el motivo de su tan encarnizada discordia, tuvimos que esconder nuestros delgados vehículos en un hoyo de un peñasco que nos servía de refugio, ahí atrapados por la quemada de pólvora, el detonar de las granadas y los gritos de los heridos, nos iba invadiendo un terrible pánico.

Cuando todo esto acabó ese día por la noche, como trapos inertes nos encontraron nuestros familiares en horas de búsqueda para encontrarnos ya que no estábamos entre los heridos, la Cruz Roja Internacional, había instalado una carpa para atender los heridos en medio del campo de futbol donde veíamos los domingos los partidos, ahí fuimos atendidos, pensé en algún momento que sería atendido por una escultural enfermera extranjera, pero ni sus señas, eran hombres y todos de la costa atlántica, qué decepción para mí, fue cuando les grite que lo único que tenía hambre y quería ver televisión.

Hasta ahí no sabía lo que había sucedido a mi amigo Tony, mientras yo veía embobado una telenovela juvenil, quise salir a la calle en un descuido de mi tío Carlos que me

cuidaba ya que mis padres seguían en la última función del teatro.

A lo lejos vi que unos soldados tenían en su improvisado campamento a Tony,

haciéndole preguntas incoherentes sobre cierta célula guerrillera comandada por maestras de la escuela pública número 345., de lejos vi que mi pobre amigo era torturado de forma escatológica, el muchacho se defecó en los pantalones y se orinó como un niño asustado, a lo que un soldado, dándole asco le metía la cara entre su propia suciedad que había derramado por el piso, tal vez fue lo más fuerte y humillante que pudo pasarle, porque golpes casi no recibió por la reprimenda social que podían tener por la colonia residencial que habían invadido de cierta forma, aunque interrumpieron un mitin subversivo.

-Putra madre vos patojo cerote contestá a lo que te pregunta el capitán, no ves que si no te va a matar!

-Pero..pero.. sino yo no sé nada de lo que hablan ustedes, la única persona que yo conozco es mi amigo Eusebio.

Cuando escuché mi nombre en su exigua confesión se me erizaron los pelos hasta de la región nórdica, no podía ser cierto que nosotros fuéramos insurgentes si nuestra culpa era andar observando parejas devotas del juego amoroso de contagio y distante de ser platónico.

En ese momento maldecí con todas mis fuerzas al Antonio y salí huyendo a esconderme de nuevo a la cueva de la peña, estuve toda la noche ahí hasta que al amanecer se marcharon los soldados después de haber puesto en confesión hasta al loro de doña Paquita, por hablantín, vaya que éste no era chismoso sino es capaz que me echa de cabeza por andar espiando a la doñita en calzones.

La noche anterior marcó mi vida, pude aprender a escuchar en silencio el acaracolado ascenso del humo negro de incendiado hacia el cielo, los gritos acompasados del dolor

se iban alejando, las botas que crujían alrededor machucaban pequeñas ramas secas y hojas con olor a eucalipto se estallaban en el ambiente, las aves nocturnas más de duelo cantaban, no podían llorar pero su lastimero canto hacían lagrimear a los árboles más duros del lugar, con caras chamuscadas de pólvora, y sus mofas figuras que hacen sus ramas al observarlos detenidamente me hacían soportar el miedo encerrado en ese hoyo.

No taro el alba en aparecer y yo en salir de mi enclaustramiento voluntario, caminé hacia la colonia y encontré a mi tío platicando con algunos de los harapientos armados, pero eso no me importó, lo único que quería saber que había sido de mi amigo.

Un olor a azufre y a miel me hipnotizaron y me conduje hacia una vereda que llevaba hacia un pueblo cercano, el ruido de un radio en el horizonte me servía de guía para perderme entre la bajada hacia río caudaloso, era un lugar prohibido sólo algunas veces había visto perderse entre los arbustos a las parejas que conocía de mi colonia, tal vez para sus que haceres amorios o tal vez para conspirar contra el gobierno paranoico que no quería estar de turno sino eternizarse en su tiranía de lame suelas gringas.

Mi pies siguieron su propio rumbo y tal vez hicieron en la historia su propia comedia, labrando el destino.

Lo único que no quería era regresar al lugar donde habían atrapado a mi amigo, pero seguí adelante hasta llegar a una pequeña aldea circundante a la zona residencial, unos días la pase haciendo tareas domésticas de pueblo, ayudando a una familia a cuidar gallinas y pollos de granja, a cambio de comida, por las noches los lugareños varones se iban a entretener a un pequeño bar que era atendido por mujeres no de mala muerte ni de mala vida, tampoco de la vida alegre, sino más la catalogué de la vida compartida y

de trabajo social, para evitar violaciones a mujeres y niñas del orden social, todos bebían, bailaban y hasta se acostaban un buen rato con ellas.

Cierto día de los muchos que íbamos a ese mismo lugar, me incitaron a que entrara con una de las muchachas para que me quitara el estorbo prejuicioso de la virginidad, aunque

mi mano ya había hecho su propia tarea durante muchas ocasiones propicias para el asunto de las necesidades. En esa oportunidad yo veía a una jovencita que no tenía mucho de haber llegado a ese lugar no de perdición sino de reencuentro con nuestras miserias humanas, la veía tímida y de clase pobre, más necesitada de cariño que del propio dinero, al principio comencé sólo por hablarle y tratar de entablar una plática, tan sólo una sencilla plática, pero me era muy difícil hacerlo, era demasiado introvertida y parecía cansada de la vida a su edad, tal vez las condiciones de la misma guerra la habían hecho llegar hasta ese punto sin desearlo.

Una tarde me acerqué solo, ella parecía que me esperaba, y yo no dejaba de pensar que se parecía en lo físico a mi propia hermanastra; nos besamos muy torpemente visible desde un poca experiencia dionisíaca, pero ella muy cortés fue guiándome hasta el éxtasis de no poder soportar más y desear más y más las caricias en mi piel de aquellas diminutas manos, tenía una historia oculta eso saltaba a la vista, pero en aquel momento lo único que deseábamos era que se apagara el sol, para no vernos a la cara de vergüenza al hacer algo que no era necesariamente obligatorio. Ella desabrochó mi cincho que casi se caía en pedazos, bajó mi pantalón hasta la rodilla, con tanto bochorno que quise salir huyendo pero con él mismo me tropecé y caí en las tablas del cuarto, donde ella se encaramó y prácticamente me sedujo introduciéndose con

asombro mío mi virilidad entre su cadenciosa carne, era obvio que yo no era el primero ni el segundo, tal vez ni ella sabía que turno de la vida me había tocado en amarla, pero el placer era embargante y fue lo menos que me preocupó, solamente cerré mis ojos un

instante para sentir la lluvia eyaculante de mis hormonas al gritar.

Los días transcurrieron y ya no acompañé a los hombres de aquel pequeño rancho, pero porque tenía una pequeña timidez de ser descubierto inexperto en el arte de amar, pero no olvidaba aquellos ojos negros que reflejaban el sol chispeante.

No hubo pasado sino cinco días desde el acto sexual, cuando ya sentía dolor inexplicable al orinar, cada vez que lo hacía imaginaba que mi desvirgamiento seguía su curso y aquella muchacha no había hecho bien su trabajo, pero el dolor seguía con los días intenso, hasta que uno de esos días me día cuenta que orinaba pus de color amarillo, y pensé que la eyaculación seguía sólo con dolor intenso, a qué horas se acabará esta pesadilla del placer?, me preguntaba constantemente, todo el mundo me preguntaba qué era lo que tenía, porque renqueaba al caminar, y me imposibilitaba para trasladar leña y agacharme a recoger huevos y curar a las gallinas.

Uno de los trabajadores mayores que se mantenían en el corral me dijo, que me estaba pudriendo por dentro, y me explicó como en la segunda guerra mundial los científicos hacían experimentos de contagio sexual inducido, y que muy probablemente nosotros podíamos habernos contagiado con el viento que vino de esos lares, a través de gente que estuvo en la guerra por Europa. Me aconsejó visitar boticario, el cual ese mismo día me inyectó penicilina por una gran infección condecorado por mi primera experiencia sexual promiscua.

El dolor interno donde transcurre el líquido por la carne es inmenso, casi no lo

aguantaba quería renunciar a soportarlo y gritar, pero los hombres no se quejan, en público y la asistente del boticario no me soportaba más, me extendió la factura de la medicina y el servicio de la puesta de la inyección y casi me saca a empellones de la

pequeña farmacia del pueblo. Estando afuera en la calle tenía que arreglármelas para caminar renqueando por las empolvadas callecitas, la gente asombrada me observaba pasar, las miradas me perseguían clavadas en la espalda y la pelvis, envenenadas con la saña de la repulsión; un perro intento corretearme, el pecho me saltó no de susto sino de angustia de sentirme culpable de mis instintos, a lo lejos vi que varios hombres sacaban a Amelia del cabello del club nocturno y se la subían a una carreta de bueyes encaminándose a la salida del pueblo. Un proyectil de piedra me alcanzó en la espalda, me enderecé e intente correr y caí al suelo desde donde vi que un tumulto de gente se me venía encima para hacerme correr la misma suerte que Amelia, todos gritaban:

-Aquí no queremos infectados!!!

Otros decían:

-ustedes los ladinos son malos ejemplos para nuestros hijos, juera e aquí!!!

Como pude salí del pueblo casi a rastras tomándome como apoyo la misma pierna, sin volver a ver a mis acosadores, hubiese querido gritarles ¡qué tire la primera piedra el que esté libre..!!, pero estos que iban a entender, si andaban locos detrás de mí.

Nuevamente huyendo montado de intruso en el caballo del capataz salí a la velocidad de los cascos, hasta que rebote en la entrada del pueblo enterrando la nariz en la polvareda que habían dejado las huellas, con la advertencia del dedo índice del capataz para que no regresara al lugar, un tipo al cual había visto muchas veces abrazado de Amelia, en ese bar que pertenecía sólo a los de la foto.

La noche se torno larga, pero más el caminar, no podía encontrar un lugar en el camino donde descansar y tal vez dormirme un poco hasta pensar a donde ir, no podía regresar a mi casa, sólo de pensar en Antonio me asustaba y eso me daba fuerzas para seguir aguantando mi destierro voluntario. Hasta que divisé un pino fresco con olor a pino por

supuesto, que en sus raíces tenía secas sus hojas de hilos y hacían un colchoncito marrón para mi cabeza. Sólo divagué pensando en los hoyos sangrientos de las paredes de las casas de mi vecindario, ningún muerto, pero la psicosis colectiva era suficiente para alertar y atormentar a cualquier joven de mi edad, pensaba en Concha, si sabía lo que me había pasado, “ojalá los rumores de mi desaparición hayan llegado a sus oídos, su pobre novio andaba deambulando por la vida sin techo ni pan, y con una afección sexual, porque no se dejó ella pues, no estaría pasando por éstas circunstancias ni esa tal Amelia me hubiera contagiado, ni esos amables ciudadanos me hubieran echado a patadas del lugar, bueno al fin y al cabo ya estaba cansado de atender tanto cerdo y gallina junta”.